

LA IMPORTANCIA DE COMPRENDER Y ENSEÑAR LAS CREENCIAS FUNDAMENTALES DE LA IGLESIA ADVENTISTA DEL SÉPTIMO DÍA

[THE IMPORTANCE OF UNDERSTANDING AND TEACHING SEVENTH-DAY ADVENTIST FUNDAMENTAL BELIEFS]

Willie E. Hucks II¹

Resumen

Preguntas como ¿por qué somos adventistas? ¿Por qué creemos como creemos? ¿Qué diferencia hace este hecho? ¿Qué diferencia debería hacer? ¿Por qué deberían interesarse los demás por el adventismo?, necesitan ser respondidas. El presente estudio no pretende ser una evaluación exhaustiva de las creencias cristianas. Es simplemente una visión general que apunta a la interconexión entre las doctrinas adventistas y el Dios amoroso que constantemente se relaciona con nosotros y quiere lo mejor para toda su creación.

148

Palabras clave: Iglesia Adventista, creencias fundamentales, teología bíblica, reflexión pastoral

Abstract

Question such as Why are we Adventists? Why do we believe as we believe? What difference does it make? What difference should it make? Why should others care about Adventism?, need an answer. The present study is not intended to be an exhaustive survey of Christian beliefs. It is merely an overview that points to the interconnectedness of Adventist doctrines and the loving God who constantly relates to us and wants the best for all of His creation.

¹Profesor asociado de Ministerio Cristiano en el Seminario Teológico Adventista de Andrews University, EE.UU. Email: hucks@andrews.edu

Este documento fue originalmente presentado como parte de las Conferencias Internacionales de Biblia y Misión (IBMC, por sus siglas en inglés) organizadas al rededor del mundo bajo el patrocinio del Instituto de Investigaciones Bíblicas de la Asociación General de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Usado con permiso.



Keywords: Seventh-day Adventist Church, fundamental belief, biblical theology, pastoral reflection

Introducción

Mi viaje por el sendero de *aprender* las creencias fundamentales de la Iglesia Adventista del Séptimo Día resultó ser simple y fácil, ya que todos los ingredientes necesarios estaban en su lugar desde mi nacimiento: (1) dos grupos de abuelos que ya eran cristianos conservadores y amantes de la Biblia antes de su experiencia como observadores del sábado, (2) dos padres que, aunque no habían nacido en hogares adventistas, fueron bautizados en la Iglesia Adventista a temprana edad, y (3) una familia de la iglesia que enfatizaba y enseñaba el sistema de creencias de la Iglesia adventista. Un cuarto factor podría agregarse fácilmente a esta mezcla: crecer en una sociedad que priorizaba la adquisición de conocimiento mediante la acumulación de hechos.

Mi viaje por el sendero de *entender* esas creencias fundamentales, sin embargo, fue una historia diferente. Cuando era niño, fui elogiado por mi fácil expresión de las enseñanzas de la Iglesia; como adolescente me animaron a estudiar eventualmente para el ministerio del evangelio. No obstante, yo luchaba en mis intentos de conectar los hechos bíblicos con la experiencia personal. Sabía que Jesús era un Dios de amor; sin embargo, tenía miedo de Él. Sabía que era un pecador por naturaleza; sin embargo, los otros siempre me decían cuán buena persona era. Sabía que Cristo me salvó por gracia; sin embargo, me esforzaba por ser bueno a los ojos de Dios para merecer su favor. Sabía que la Iglesia Adventista del Séptimo Día había sido llamada para cumplir un trabajo especial en el tiempo del fin; sin embargo, estaba rodeado de hipócritas a los que se reconocía que estaban “en buena y regular posición”. Sabía que la Iglesia tenía estándares de vestimenta, dieta y decoro; sin embargo, la forma en que se explicaban estos estándares nunca tuvo ningún sentido para mí. Sabía que Jesús regresaría a la tierra pronto; sin embargo, mi padre tam-

bién pensaba lo mismo cuando tenía mi edad.

Entonces mi mente inquisitiva luchó con estas preguntas. Les pedí a pastores, evangelistas y otros líderes espirituales que me ayudaran, pero a menudo me dejaban de lado. El hecho de haber sido tratado tan descuidadamente apresuró mi retirada a mi propia fortaleza privada, buscando un lugar de aprendizaje, de sabiduría. En contra de lo que se podría esperar, este viaje resultó ser una de las mejores cosas que me sucedieron a mí y mi naciente ministerio, porque pronto iba a comenzar otro viaje: el viaje de la *enseñanza* de las creencias fundamentales.

El elemento de la enseñanza se desarrolló en dos etapas: mi ministerio pastoral, seguido por mi ministerio universitario. El primero informó a este último, porque realmente descubrí que elaboré muchas de mis comprensiones teológicas mientras estaba en el crisol del ministerio pastoral. Durante ambos ministerios, tanto el de la congregación como el del salón de clases, descubrí que muchos de los jóvenes con los que me relacioné luchaban con los mismos miedos, insuficiencias y preguntas que yo tenía mientras crecía. Más que eso, algunos de los miembros más antiguos de la iglesia también seguían luchando de la misma manera. Nadie les había dado permiso para ver a Dios y a la iglesia bajo una nueva luz. Además, muchos de mis alumnos se inscribieron en mi clase de teología adventista con la esperanza de escuchar el *qué* del adventismo. Pero mi enfoque se centró en el *por qué*: ¿Por qué somos adventistas? ¿Por qué creemos como creemos? ¿Qué diferencia hace este hecho? ¿Qué diferencia *debería* hacer? ¿Por qué deberían interesarse los demás por el adventismo?

Categorías de creencias fundamentales

Tanto en la primera como en la segunda edición de *Creencias de los Adventistas del Séptimo Día* (1988 y 2005), la tabla de contenido divide claramente las creencias fundamentales de la iglesia en seis categorías, que van desde la eternidad pasada hasta la eternidad futura. Más específicamente, el foco está en el lapso de tiempo que abarca el desarrollo de las

actividades divinas desde su concepción relacionada con la humanidad hasta su conclusión triunfal. En orden, ellas son (1) la doctrina de Dios, (2) doctrina del hombre, (3) la doctrina de la salvación, (4) la doctrina de la iglesia, (5) la doctrina de la vida cristiana, y (6) la doctrina de los acontecimientos finales.

Sin duda, el enfoque final de estas agrupaciones no es epistemológico; más bien, es teológico en su sentido más puro. Al estudiar las Creencias Fundamentales, el objetivo no es obtener el dominio de la información; más bien, el objetivo es comprender a una Persona: Dios mismo. Los editores de *Creencias de los Adventistas del Séptimo Día* afirman lo siguiente: “Hemos escrito esta exposición de nuestras creencias principales, para revelar cómo los adventistas del séptimo día perciben a Dios. Esto es lo que creemos acerca de su amor, bondad, misericordia, gracia, justicia, benevolencia, pureza, santidad y paz”.² Luego, continúan diciendo: “Hemos escrito esta obra con la profunda convicción de que todas las doctrinas, cuando se las entiende como es debido, están centradas en Cristo, el Camino, la Verdad, y la Vida, y son extremadamente importantes”.³

Este no solo es el objetivo de la teología adventista del séptimo día, sino que también fue el centro de atención del cristianismo primitivo. Considere la siguiente cita:

En la Iglesia primitiva, y hasta en una parte muy avanzada de la Edad Media, la teología era menos una ciencia para aclarar la verdad a la mente humana que un himno de alabanza y una meditación sobre las glorias y los misterios de la fe cristiana... En la medida en que la teología sistemática se separó de la vida de la Iglesia y se sometió a la ley de la lógica y la metafísica, dejó de ser una teología liberadora de la gracia y la verdad de Dios.⁴

²Asociación Ministerial de la Asociación General, *Creencias de los Adventistas del Séptimo Día*, trad. Miguel A. Valdivia y Armando Collins (Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2007), 8.

³Ibid., 9.

⁴Geoffrey Bromiley, “Theology”, *The International Standard Bible Encyclopedia* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1988), 4:826–827.

En otras palabras, la teología estaba dirigida a ser comprendida y experimentada, dando como resultado la libertad espiritual del alma.

Lo que viene a continuación no pretende ser una evaluación exhaustiva de las creencias cristianas. Es simplemente una visión general que apunta a la interconexión entre las doctrinas adventistas y el Dios amoroso que constantemente se relaciona con nosotros y quiere lo mejor para toda su creación.

Doctrina de Dios

Con lo anterior en mente, es fundamental comenzar una conversación sobre las creencias fundamentales de los Adventistas del Séptimo Día profundizando en la doctrina de Dios. Y lo primero que debemos entender acerca de Dios es que Él desea revelarse a nosotros.

Aunque está implicado en el contexto de un evento negativo, era parte de la agenda diaria de Dios pasar tiempo en comunión con Adán y Eva (Gn 3:8), quienes “en su anterior estado de inocencia y santidad solían dar alegremente la bienvenida a la presencia de su Creador”.⁵ Era durante esas reuniones cara a cara que Dios se revelaba a ellos. Sin embargo, el pecado puso fin a tal relación abruptamente.

Desde el final de la relación edénica, Dios se ha revelado a los humanos a través de varios medios. Su revelación más grande fue en la Persona de Jesucristo (Jn 14:9; Heb 1:2). Pero antes y después del evento de Jesús, Dios se reveló a sí mismo a través de los profetas (Heb 1:1). Las Escrituras dan testimonio de Dios, su naturaleza y sus atributos.

Su naturaleza y atributos

No es fácil para los humanos comprender la naturaleza exacta de Dios. Cuando uno toma en consideración a Dios encarnado, la Segunda Persona de la Deidad, surgen más preguntas sobre su naturaleza. ¿Él era

⁵Elena G. de White, *Patriarcas y Profetas* (Miami, FL: Asociación Publicadora Interamericana, 1890), 37.

Dios? ¿Era humano? El Concilio de Nicea del siglo IV decretó que Jesús era completamente Dios y completamente hombre. Sin embargo, como ser humano, Jesús se despojó de sus atributos (omnipresencia, eternidad, omnipotencia, omnisciencia, etc.). La Reina Valera Contemporánea traduce con exactitud Filipenses 2:7 al declarar que Jesús “se despojó” a sí mismo. Es decir, Él eligió no emplear sus atributos y habilidades divinas para su beneficio.

Como ejemplo, a menudo empleo las tentaciones en el desierto, tal como se registran en Mateo 4 y Lucas 4. En la primera tentación, Jesús fue tentado a convertir las piedras en pan para satisfacer su hambre después de ayunar durante cuarenta días. Satanás nunca me tentaría a convertir las piedras en pan por una simple razón: no tengo el poder para hacerlo. Satanás nunca tienta a alguien a hacer algo fuera de su capacidad, y así fue con Cristo. Jesús tenía la capacidad de convertir rocas en panes comestibles, y esa era la naturaleza de su tentación. Para ser más específicos, los pecadores son tentados sobre la base de su naturaleza pecaminosa y las cosas que los atraen, mientras que Jesús fue tentado sobre la base de su naturaleza santa y las cosas que tocaban la fibra más sensible de su naturaleza ultrasensible.

Pero, en esencia, todas las tentaciones son iguales. Por ejemplo, en la primera tentación registrada tanto por Mateo como por Lucas, Jesús tuvo la tentación de usar su poder para arreglar la situación que estaba enfrentando. Pero debido a que el Hijo de Dios se había vaciado de sus prerrogativas divinas, entonces no tuvo ninguna ventaja que tampoco esté a nuestra disposición.

Esta es la razón por la que el apóstol pudo escribir: “Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo de la misma manera que nosotros, aunque sin pecado” (Heb 4:15).⁶ Además, el apóstol dice de Cristo: “Aunque era Hijo, aprendió a obedecer mediante el sufrimiento” (Heb 5:8).

⁶A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas son extraídas de la versión Reina Valera Contemporánea.



Es crucial comprender que Dios el Padre no es un tirano que espera fulminarnos en el momento en que hacemos mal; ni Jesús era un Superhombre mientras estuvo en la tierra. Él experimentó emociones humanas (Jn 11:35), hecho que se hace mucho más evidente al leer que, aparentemente, deseaba pasar por alto la “copa” que se le había asignado (Mt 26:42).

Es conveniente decir algo sobre el Espíritu Santo. Este tercer miembro de la Trinidad se comprende mejor a través de sus actividades motivadas por su corazón de amor. Él enseña (Lc 12:12) y guía (Juan 16:13) a sus seres creados. Es más, Él nos adopta (Ro 8:14-15), intercede por nosotros (Ro 8:26) y nos hace santos (1 P 1:2).

Al enseñar la doctrina de la Deidad —Padre, Hijo y Espíritu Santo— el amor de Dios y su conexión eterna con nosotros nunca debe disminuirse. Elevar estas realidades sirve para unir nuestros corazones al corazón de Dios. Y cuando lo vemos a Él, estamos siendo “transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Co 3:18).

Doctrina del hombre

154

Aunque no debería haber ninguna duda al respecto, en algunos círculos adventistas ha surgido la idea de que la creación de este planeta no fue reciente. Dicen que la ciencia argumenta contundentemente lo contrario. Es la firme creencia de este escritor que las genealogías de Génesis 5 apoyan una creación reciente. Además, este escritor acepta como un hecho bíblico que la semana de la creación tuvo lugar durante seis períodos literales y consecutivos de veinticuatro horas, según el concepto hebreo de *yom* cuando se combina con un dato numérico (“el día primero”, “el día segundo”, etc.). Esta comprensión de la creación forma la base de otras doctrinas adventistas, especialmente la del sábado y la mortalidad del alma.

Comprender la naturaleza de la humanidad implica más que comprender la creación. Existen elementos verticales y horizontales que, cuando se entienden correctamente, aumentan nuestro amor por Dios y nuestro compromiso mutuo.



Relaciones verticales

“Entonces dijo Dios: ‘¡Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza!’” (Gn 1:26). Las palabras traducidas como *imagen* y *semejanza* se refieren a algo que tiene un parecido sorprendente a su modelo original. Algunos argumentan que esta similitud se limita solo a la naturaleza espiritual, mientras que otros se atreven a ampliar esa definición. Sin embargo, hay otros que ven Éxodo 33:20-23 en términos más que antropomórficos. Ellos ven el uso que Dios hace de las palabras “rostro”, “mano” y “espalda” como si Él estuviera haciendo referencia a su naturaleza corpórea.

Encuentro credibilidad en esta última escuela de pensamiento cuando considero que la “imagen” y la “semejanza” portan las connotaciones de “modelo” y “sombra”. Cuando una persona se queda afuera en un día soleado a las nueve de la mañana, su sombra es más larga de lo que sería cuando el reloj marcara el mediodía. Esa sombra se alarga después al atardecer, a medida que se acerca la puesta de sol. Pero la única constante en la ecuación es la persona. Aunque la sombra cambia, el original sigue siendo el mismo.

De la misma manera, el pecado ha transformado —y continúa transformando— nuestra imagen. Por ello, esta cambia constantemente a lo largo del tiempo. Sin embargo, Dios nunca cambia. Su inmutabilidad es innegable. Pero mucho más emocionante es la forma en que Dios nos ve. Él declara que nos ama “con amor eterno” (Jer 31:3), y que somos la “niña de sus ojos” (Dt 32:10; Sal 17:8).

Pero lo que nos hace la “niña de sus ojos” es el hecho de que, cuando una persona mira intensamente a los ojos de alguien, se ve a sí misma. En otras palabras, cuando Dios nos mira, ve una versión en miniatura de Él mismo. Aunque pecaminosos, todavía estamos claramente creados a su imagen.

Relaciones horizontales

La sociedad nos enseña que en la vida hay ganadores y perdedores. En los deportes, solo un equipo gana la Copa del Mundo. En lo académico, solo una persona puede ser el alumno que da el discurso de despedida.

La Escritura, sin embargo, nos enseña que fuimos creados para vivir en relaciones complementarias; esto fue así desde el principio (Gn 2:18). El ideal occidental del individualismo a menudo choca con el concepto bíblico de que fuimos creados para vivir en comunión unos con otros. En la iglesia primitiva, todos los creyentes se cuidaban mutuamente, aferrándose rara vez a sus posesiones egoístamente. Lo que pertenecía a uno pertenecía a todos (Hch 2:42-47). Vivieron las palabras de Pablo: “Sobrelleven los unos las cargas de los otros, y cumplan así la ley de Cristo” (Gá 6:2). Entendieron que “delante de Dios, la religión pura y sin mancha consiste en ayudar a los huérfanos y a las viudas en sus aficciones” (Stg 1:27).

Al enseñar la doctrina del hombre, aclaramos que Dios tiene una gran estima por nosotros, por lo cual también debemos tenernos en alta estima entre nosotros —amando a los demás como Dios nos ama (1 Jn 4:11).

Doctrina de la salvación

156

Hasta donde puedo recordar, incluso hasta el presente, he escuchado la doctrina de la salvación explicada en el contexto de las obras/obediencia —es decir, obediencia = salvación. Este mensaje estuvo y sigue estando arraigado en los niños, a través de las historias infantiles contadas durante la hora del culto. Aunque teóricamente sabemos que la salvación es un regalo de Dios, comprado con la sangre de Jesús, a menudo tropezamos con el modo predeterminado de creer y actuar como si tuviéramos que ganar nuestra salvación a través de buenas obras. Por otro lado, se tiene en mente que alcanzamos la condenación a través de acciones malvadas.

Sin embargo, la Biblia establece claramente que desde la concepción yo era —y aún soy— un pecador (Sal 51:5). Por naturaleza, estoy alejado de Dios (Ef 2: 3). No puedo hacer nada por mí mismo para invertir el rumbo y avanzar en la dirección correcta.

La incapacidad de los pecadores para salvarse a sí mismos fue ilustrada a través del servicio del santuario en Levítico. El pecador traía un cordero,



el cual representaba a Cristo en su perfección sin pecado (Jn 1:29, 2 Co 5:21), luego ponía sus manos sobre la cabeza del animal, confesaba sus pecados y, de esta manera, los transfería al cordero. Por último, tenía que dar muerte al inocente ser.

No parece justo que los inocentes mueran por los culpables, pero ese es el meollo del plan de salvación. En la parábola del siervo sufriente, Isaías dice que Jesús “llevó nuestras enfermedades, y cargó con nuestros dolores” (Is 53:4 BLA). Él fue “herido de Dios y afligido. Mas Él fue herido por nuestras transgresiones, molido por nuestras iniquidades. El castigo, por nuestra paz, cayó sobre Él, y por sus heridas hemos sido sanados” (Is 53:4-5 BLA). Él continúa diciendo que “Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros” (Is 53:6 R60).

En el plan de salvación de Dios, hay una respuesta apropiada que nosotros debemos ofrecer a Dios como pecadores perdonados, la cual está enraizada en las actividades de Dios en nuestro favor: la obediencia.

Cuando Dios libró a los hijos de Israel de la esclavitud egipcia, les recordó que Él había tomado la iniciativa en su relación. “Yo soy el Señor tu Dios. Yo te saqué de la tierra de Egipto, donde vivías como esclavo” (Éx 20:2). Solo después de este preámbulo Él expresó lo que esperaba de ellos. Es como si les hubiera estado diciendo: “Así es como me muestras tu agradecimiento por todo lo que he hecho por ti”. Jesús lo dice de esta manera: “Si me aman, obedezcan mis mandamientos” (Jn 14:15).

Dado que somos pecadores por naturaleza, ¿cómo manifestamos obediencia en respuesta al don de salvación de Dios? La respuesta se encuentra al principio de Juan 15. Al hablar sobre la relación entre la vid y sus ramas, Jesús dice: “Permanezcan en mí, y yo en ustedes. Así como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco ustedes, si no permanecen en mí. Yo soy la vid y ustedes los pámpanos... separados de mí ustedes nada pueden hacer” (Jn 15:4-5). En resumen, la salvación se obtiene por medio de una relación, una conexión con Cristo.

En el proceso de enseñar la doctrina de Cristo, si bien es necesario en-

fatizar el papel de la obediencia como respuesta a la actividad salvífica de Dios, también es importante ubicar la actividad pecaminosa en su propia esfera. Pecamos porque somos pecadores; no somos pecadores porque pecamos. Como tal, la actividad pecaminosa es un síntoma de una condición más profunda: el pecado. Esto se puede comparar con un niño que tiene fiebre. El padre le da medicina al niño para enfriar la sangre y darle una buena noche de sueño a su pequeño. Pero el medicamento no cura el virus. El virus aún acecha en el torrente sanguíneo. Solo el tiempo permitirá que las defensas del cuerpo venzan y mantengan alejado al virus, eliminando así la reacción del sistema inmunológico al invasor extraño. Es fundamental no enfatizar demasiado el comportamiento. Es mucho más importante colocar el énfasis en una relación constante y consistente con Cristo. Es esa relación diaria la que conecta al pecador con su Fuente de fortaleza para la victoria. Cualquier otra cosa solo paliará los síntomas.

En nuestros esfuerzos por enseñar o predicar la doctrina de la salvación, siempre debe verse que nuestro Dios amoroso es la fuente de vida y fortaleza. Lejos de ser un Dios que desea abalanzarse sobre nosotros en el momento en que pensamos, decimos o hacemos mal, Él es el Padre que mira todos los días a sus hijos pródigos, corriendo para encontrarse con ellos y llevarlos a casa. Lejos de querer condenarnos a la destrucción eterna, Él nos ha predestinado para ser hechos conforme a su semejanza (Ro 8:29) y para ser adoptados en su familia (Ef 1:5).

Doctrina de la iglesia

El siguiente paso en esta progresión lógica de las creencias adventistas revela la forma en que la humanidad redimida debe expresar su agradecimiento a Dios. La obediencia se ve a menudo como una respuesta individual. No obstante, la obediencia también exige una respuesta grupal. Pedro se refiere a todos los que han sido predestinados a ser miembros de la familia de Dios como “linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios” (1 P 2:9). La misión es clara, y Pedro conti-

núa diciendo que este pueblo debe anunciar “los hechos maravillosos de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 P 2:9). Los que han sido “llamados” conforman literalmente la *ekklesia* (en griego equivalente a “llamado a salir”), la Iglesia de Cristo.

El Espíritu Santo ha confiado los dones a su iglesia con la finalidad de que sean usados para su gloria y el beneficio de la humanidad, lo cual es, una vez más, una ilustración de cómo todas las cosas tienen dimensiones verticales y horizontales. Las listas de dones proporcionadas por Romanos 12, 1 Corintios 12 y Efesios 4, no deben ser vistas como exhaustivas. Por el contrario, estas ilustran diversas formas en las que el Espíritu Santo desea bendecir a los demás a través de su Iglesia. Estos dones están diseñados para “perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a estar unidos por la fe y el conocimiento del Hijo de Dios; hasta que lleguemos a ser un hombre perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Ef 4:12-13).

Somos comparados con un cuerpo humano, diseñado para trabajar en armonía el uno con el otro. Cuando una parte del cuerpo está lesionada o fatigada, crea una presión adicional sobre los músculos y los huesos contiguos. Del mismo modo, si bien cada uno de nosotros lleva a cabo varias funciones, no trabajamos independientemente el uno del otro, puesto que hacerlo solo crearía estrés adicional en otras partes del cuerpo. Además, siempre debemos tener en cuenta que, como los nervios y los músculos están controlados por impulsos eléctricos emitidos por el cerebro, todos respondemos como resultado de los impulsos transmitidos desde la Cabeza de la Iglesia, Jesucristo (Ef 1:22).

Esta Iglesia tiene una misión que cumplir, y esta misión tiene dimensiones verticales y horizontales. Somos llamados por Cristo a cumplir su mandato: “vayan y hagan discípulos en todas las naciones, y bautícenlos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Enséñenles a cumplir todas las cosas que les he mandado” (Mt 28:19- 20). También somos llamados a proclamar el mensaje de los tres ángeles de Apocalipsis

14:6-12. Por esta razón, el nuestro es un mensaje remanente impartido por un pueblo remanente a un mundo perdido y agonizante.

La Iglesia existe en una tensión creativa entre el “ahora” y el “todavía no”. Vivimos en este mundo; sin embargo, vivimos también para el mundo venidero. El cristianismo en general y el adventismo en particular han sido acusados de ser demasiados alejados del mundo, de crear una religión que se enfoca interior e individualmente Y que busca solo la salvación personal experimentada ahora y realizada a través de la eternidad.

No obstante, Jesús abogó por un evangelio que mezclara elementos del “ahora” y el “todavía no”. Jesús habló del futuro reino de gloria (Mat 24:30; Jn 14: 3), pero también alivió el sufrimiento temporal (Mat 9:35). ¿Por qué? “Al ver las multitudes, Jesús tuvo compasión de ellas porque estaban desamparadas y dispersas, como ovejas que no tienen pastor” (Mat 9:36).

La iglesia cristiana primitiva debía seguir el ejemplo de Cristo. Como se dijo anteriormente, ellos se cuidaban unos a otros (Hch 2:42-47), reconociendo que esto era parte de la comisión del evangelio. Pero este tipo de vida del pueblo de Dios al servicio de los demás no es algo introducido recién en el Nuevo Testamento. Se encuentra en todas las escrituras del AT, especialmente en las escrituras de los profetas. Dios siempre esperó que su pueblo tratara a los demás mostrando la compasión divina. Por ejemplo, Amós 5:24 y Miqueas 6:8 fueron escritos dentro del contexto de la opresión y desigualdad humanas.

La incipiente Iglesia Adventista también se inspiró en el ejemplo de Cristo y los profetas del Antiguo Testamento. Bajo la guía profética de Elena G. de White, el adventismo abordó varios temas importantes de su época, tales como las relaciones raciales y la reforma de la salud.⁷

Al enseñar la doctrina de la iglesia, la cual incluye el tema del Remanente y su misión, es crucial que no solo nos centremos en el rol y la función de la iglesia en lo que se refiere a la eternidad —aunque eso sea

⁷Para obtener un vistazo general de este asunto, ver *The Ellen G. White Encyclopedia*, 2da. edición, ed. Denis Fortin y Jerry Moon (Hagerstown, MD: Review and Herald, [2014]). Las secciones a las que se hace referencia incluyen los apartados “Race Relations” [Relaciones raciales] por Trevor O’Reggio, 1071–1073, y “Temperance” [Temperancia] por Ernest H. J. Steed, 1209–1211.

de significancia e importancia suprema. También debemos vivir en el espíritu de los profetas de la antigüedad, abordando los asuntos del día. Al hacerlo, se pone de manifiesto que el Dios del adventismo es un Dios que se preocupa por la totalidad de nuestra experiencia humana y no solo por nuestro destino eterno (3 Jn 2).

Doctrina de la vida cristiana

Todas las organizaciones tienen pautas que están diseñadas para regular el comportamiento. Tales pautas describen las expectativas que contribuyen a un crear un ambiente de trabajo apropiado y un equipo de trabajo eficiente y efectivo. El departamento de recursos humanos de cada entidad para la que he trabajado alguna vez, al contratarme, me entregó una gran carpeta con las políticas de los empleados y una gran cantidad de información pertinente. Allí dentro, había una lista completa de estándares según los cuales se esperaba que me conduzca.

En general, los estándares siempre se han basado en principios de sentido común, y no tengo problemas para aceptarlos porque son realmente razonables. Sin embargo, si eligiera no cumplir con esos estándares, habría repercusiones —algunas menores, otras importantes.

La Iglesia Adventista tiene un conjunto de normas diseñadas para regir el comportamiento, es decir, directrices diseñadas para contribuir a la eficacia tanto de los individuos como del conjunto global. Hablando desde la perspectiva individual, dichos estándares contribuyeron en gran medida al bienestar mental, físico, social y espiritual. Juan deseaba lo siguiente para Gayo: “Amado, deseo que seas prosperado en todo, y que tengas salud, a la vez que tu alma prospera” (3 Jn 2). Fuimos creados como seres holísticos y lo que afecta una parte de nuestro ser también repercute sobre otras partes.

Los estándares de la iglesia se basan en principios bíblicos. Siempre es importante comprender y enseñar que los estándares cambian, pero los principios son permanentes. A menudo, los maestros y predicadores

encuentran tentador —incluso conveniente en ocasiones— confundir los estándares con los principios. Sin embargo, al hacer esto, incluso a corto plazo, se crean problemas para las personas y las iglesias en el futuro. Lamentablemente, aquellos problemas pueden tardar más tiempo en remediarse que lo que hubiera tardado abordarlos bíblicamente desde el principio.

En el resto de esta sección, se abordarán dos áreas de interés: la dieta y el entretenimiento.

Dieta

Como se dijo anteriormente, Dios quiere que tengamos salud. En varias ocasiones, Dios ha compartido pautas para el mantenimiento de la salud. Esto se ve por primera vez en Génesis 1:29 con la dieta original de la humanidad. Dadas las circunstancias del Diluvio, Dios modificó los planes dietéticos en Génesis 9:3-4. Después, las declaraciones más extensas sobre las expectativas dietéticas se expresan en Levítico 11 y Deuteronomio 14. El espacio no permite una explicación exhaustiva de los pasajes mencionados.

A la luz de esta sección de la vida cristiana, se debe preguntar: “¿Qué espera Dios de mí con respecto a mis hábitos dietéticos?” La misma pregunta se abordará en las subsecciones que vienen a continuación.

Como se indicó en la introducción de este capítulo, a pesar de todos los beneficios espirituales que obtuve cuando era niño (por lo cual estoy agradecido), también me quedé con un montón de equipaje no deseado. Con respecto al tema de la dieta, esencialmente se me explicó que esta era una cuestión de salvación. En pocas palabras: ¡Coma alimentos inmundos y se irá al infierno! Curiosamente, aunque era un mensaje implícito, nadie me dijo que, si comía los alimentos adecuados, iría al cielo.

A pesar de todo, luché por comprender. Sabía que no era bueno para mí comer muchas golosinas dulces, pero veía muchas tortas y pasteles en las comidas de la iglesia. ¿Por qué nadie dijo nada al respecto? Bastante

simple, ¡porque la Biblia no dice nada acerca de los dulces!

¿Podría ser que estuviera perdiendo de vista el principio por causa del estándar? ¿Podría ser que se dieran leyes dietéticas porque la buena comida produce buena sangre, la buena sangre produce un mayor flujo de oxígeno al cerebro, y un buen flujo de oxígeno al cerebro me permite escuchar la voz de Dios con mayor claridad para que pueda entender su voluntad y tener poder para vivir una vida que es agradable ante sus ojos?

Entretenimiento

Cuando era niño, me advirtieron sobre los males del cine. Se me infundía temor de solo pensar en asistir con estas palabras: “¡Si vas al teatro, los ángeles del cielo se quedarán afuera y no irán contigo!” Mi mente, simple y curiosa, cuestionó silenciosamente tal lógica —pero nunca lo dije en público.

Con el paso del tiempo, la sociedad experimentó el surgimiento de las tiendas de videos y alquiler de películas, así como la televisión por cable. De repente, uno no ya no tenía que ir a los cines. ¡Los cines venían hacia nosotros! Poco a poco se volvió aceptable ver las mismas películas que se presentaban en los cines porque 1) estaban en el entorno más seguro del hogar y, 2) al fin y al cabo, ¡nadie en la iglesia sabía lo que usted hacía en la privacidad de su hogar!

Pero la molesta pregunta permanecía en pie: ¿Y el contenido de las películas? ¿Por qué nadie hablaba de eso?

La Biblia ya ha compartido principios a partir de los cuales se pueden elaborar estándares (Fil 2:5; 4:8; Col 3:1-2; 1 Co 3:18; 10:31). Sucede lo mismo con la dieta que con el entretenimiento. Lo que afecta la mente afecta el cuerpo y el alma, tanto ahora como en la eternidad. Contemplar lo que es bueno crea lo que es bueno. Lo opuesto también es aplicable.

Antes de concluir esta sección, hay un ítem digno de mencionar, pues cae en las categorías de principio y estándar. “Acuérdate del sábado para santificarlo” (Éx 20:8 R95). El séptimo día sábado, el cual existe desde



la semana de la creación, es un memorial eterno de lealtad a Cristo y un ejemplo perfecto de salvación por la fe en los actos y provisiones de Dios. El sábado denota una relación adecuada con Dios y nos coloca en un contexto en el que nos refrescamos espiritual, mental, social, física y profesionalmente. Se enfoca en nuestra relación vertical con Dios, así como en nuestras relaciones horizontales con los demás —incluyendo a nuestra familia de la iglesia y, más aún, a nuestra propia familia nuclear.

Al enseñar la doctrina de la vida cristiana, es importante hacerlo con el enfoque centrado en el hecho de que Dios describe su voluntad para nosotros porque sabe lo que es mejor para nuestro gozo y desarrollo a corto y a largo plazo. Cualquier otro enfoque es legalista y vuelve monótono y penoso honrar y obedecer los estatutos divinos.

Doctrine de los acontecimientos finales

La escatología es el estudio de los eventos de los últimos días. El mayor de esos eventos es el regreso de Cristo. Jesús prometió a sus discípulos que vendría para reunirlos con Él (Jn 14:3). Pablo se refiere a la Segunda Venida como “la bendita esperanza” (Tit 2:13). Aunque parece retrasarse, Pedro nos recuerda que Jesús no tarda en cumplir su promesa, sino que Él es paciente con nosotros, no queriendo que perezcamos, sino que experimentamos el arrepentimiento (2 P 3:9).

Con eso en mente, Jesús intercede por nosotros en el santuario celestial (Heb 8:1-2), cubriéndonos con su sangre durante este antitípico Día de la Expiación. Y cuando haya completado su trabajo de juzgar a todos los que alguna vez hayan vivido, se pondrá de pie y proclamará: “Deja que quien sea injusto, siga siendo injusto... y que quien sea santo, siga santificándose” (Ap 22:11 RVC).

Este juicio es necesario porque con la finalidad de que el universo sea restaurado al estado original con el Dios que lo formó, el pecado y el mal deben ser enfrentados de una vez por todas. Existen graves injusticias en el mundo

y deben ser reconocidas, examinadas y resueltas.⁸ La mayoría de estos problemas, por no decir todos, seguirán vigentes hasta la segunda venida de Cristo. A pesar de esto, debemos entender y enseñar que el regreso de Cristo es la solución definitiva al problema del pecado. No solo marca el comienzo de la destrucción final del pecado y los males que lo acompañan, sino que también marca el comienzo de la liberación final de los santos de Dios.

En tumbas con nombre y sin nombre alrededor del mundo, en tierra y mar, descansan un sinnúmero de santos —solo Dios sabe cuántos y quiénes son. Algunos murieron jóvenes, otros murieron viejos. Algunos murieron por accidentes, algunos murieron de enfermedades. Pero un día, “el Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que aún vivamos y hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes, para recibir en el aire al Señor, y así estaremos con el Señor siempre” (1 Ts 4:16-17). Pablo también agrega: “Porque es necesario que lo corruptible se vista de incorrupción, y lo mortal se vista de inmortalidad” (1 Co 15:53).

La segunda venida de Cristo marca el inicio del milenio descrito en Apocalipsis 20 y la destrucción de Satanás junto con el pecado. Durante este tiempo disfrutaremos de las bellezas del cielo y, al concluir el milenio, gozaremos de la eternidad en una tierra recreada (Ap 21:1). Juan el Revelador también describe la vida en la tierra nueva: “Entonces oí que desde el trono salía una potente voz, la cual decía: ‘Aquí está el tabernáculo de Dios con los hombres. Él vivirá con ellos, y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos y será su Dios’” (Ap 21:3). La comunión cara a cara que Adán y Eva perdieron será finalmente restaurada. La maldición del pecado será completamente revertida. La creación perdida finalmente será una creación renovada.

⁸Mientras hablo del juicio previo al advenimiento que realiza Cristo, el Sumo Sacerdote celestial, reconozco también que hay un juicio en el que los participarán durante el período de mil años en el cielo. Para más información sobre mis reflexiones acerca de la necesidad de abordar las injusticias sociales, ver Willie Edward Hucks, “I Have a Dream, Too” [Yo también tengo un sueño], *Adventist World*, octubre de 2014, 12-13.

Al enseñar la doctrina de los acontecimientos finales, es importante recalcar que el corazón de Dios anhela el día en que su creación finalmente se reencuentre con Él. Dios quiere que exista una armonía total en todo el universo, cumpliendo así lo que Él deseaba desde el momento en que comenzó a crearlo.

Conclusión

Las 28 Creencias Fundamentales de la Iglesia Adventista del Séptimo Día ilustran la actividad salvadora de Dios en beneficio de su creación. A través de todas las enseñanzas de nuestra Iglesia, llega a ser evidente que Dios es un Dios de amor que solo quiere lo mejor para aquellos a quienes Él creó.

Es fundamental que aquellos que estudiamos teología adventista comprendemos la amplitud y la belleza de sus enseñanzas. Pero debemos tener como insuficiente el logro de simplemente entender estas verdades. También debemos esforzarnos diligentemente por enseñarlas a los miembros de nuestra iglesia, a los estudiantes y a otras personas con quienes nos contactamos. Y al hacerlo, la meta final es que se encuentren y se enamoren de Dios, nuestro Creador y de Su Hijo Jesús nuestro Salvador. Y “nosotros lo amamos a él, porque él nos amó primero” (1 Jn 4:19).

Recibido: 10 de noviembre de 2016

Aceptado: 07 de enero de 2017

